

# DOS DESTACADOS POETAS UBETENSES DEL SIGLO XIX

Por *Manuel Martell López*  
Consejero Supernumerario.  
Colegiado de Honor del Ilustre Col. Ofic. de  
Doctores y Lcdos. de Granada

## RESUMEN

El siglo XIX fue muy pródigo en publicaciones, no sólo en Jaén, capital del Santo Reino, sino en toda su provincia, principalmente en aquellas ciudades destacadas que tenían un arraigo monumental, artístico y literario: Baeza, Úbeda, Andújar, Linares, Alcalá la Real...

Aunque las figuras más destacadas en la poesía decimonónica giennense fueron Bernardo López García y Antonio Almendros Aguilar, hubo muchos, a su lado, que elevaron muy alto el estandarte de la poesía en la centuria precedente. Alfredo Cazabán Laguna recogió a cuarenta y cuatro en sus inestimable libro «Poetas y Poesías».

En este trabajo hemos estudiado a dos de ellos, ubetenses ambos, dedicándole, a su vez, nuestros versos, como homenaje a su memoria y a su magnífica obra literaria, que honró y honra a nuestras letras y a nuestra tierra: Francisco Moya y Ramírez y Manuel Ráez Quesada.

## I. INTRODUCCIÓN

**N**O escapan los poetas giennense, tanto los de la capital como los de la provincia, a la influencia del fenómeno literario llamado «Romanticismo» que se introduce y cobra vida en la España del siglo XIX. Extendió su influencia a todos los aspectos de la cultura de la época: el arte en todas sus facetas, la literatura, la moda y la política, incluso.

El culto al «yo», el ansia de libertad, la angustia metafísica y el choque con la realidad, degeneran en un personalismo literario que, en toda obra poética, busca la creación exclusivamente subjetiva.

En dos vertientes principalmente, toma su dirección el romanticismo: la revolucionaria y la tradicional. Y, aunque es por Andalucía por donde penetra principalmente la primera, nuestros poetas giennenses —salvo raras excepciones— se definen más por la segunda, motivados principalmente por las traducciones de W. Scott y Chateaubriand.

Hacia 1815, apunta levemente en la poesía giennense el atisbo de un romanticismo que se aferra a la tradición literaria española y culmina en 1835 con el estreno de «Don Álvaro...», del Duque de Rivas (1).

En 1840 nace en Jaén Bernardo López García, que, aunque ya a temprana edad, destaca por su inspiración poética, vive el romanticismo de una manera poco intensa, aunque le llegan muy directamente sus influencias, no alcanzando a captar las brisas del realismo, dada su temprana muerte a los 31 años de edad, acaecida en Madrid el 6 de noviembre de 1870.

La otra gran figura de la poesía giennense en el siglo XIX, el galduriense don Antonio Almendros Aguilar, nacido el 25 de mayo de 1825 y fallecido en Jaén el 13 de mayo de 1904, sí nos da la pauta de línea seguida por los poetas del Santo Reino frente a una corriente efímera que llega, influye y pronto desaparece: el Romanticismo y de otra, que nace y se expande, en plena plenitud del mayestático poeta, que hizo de Jaén su segunda patria chica y aquí tejió los laureles de su corona: el Realismo.

En 1944, Federico Mendizábal se refería a esta gloria de nuestra provincia en los siguientes términos: «Otra de las causas de que Almendros Aguilar sea casi únicamente conocido por los eruditos, y tal vez la fundamental, es que jamás él usó empeño en conservar y defender su obra, quedando así dispersa en periódicos y cuartillas... inédita en parte. Varios intentos de ofrendar a los públicos su valor especialísimo, fracasaron de manera inexplicable. La obra permanece oculta, como un tesoro fabuloso, reservado a futuros Aladinos» (2).

Como sabemos, el Aladino maravilloso que nos dijo cuanto había que decir sobre Almendros Aguilar fue nuestro Consejero recientemente fallecido don Alfonso Sancho Sáez, en su obra insuperable: «Almendros Aguilar. Una Vida y una Obra en el Jaén del Siglo XIX» (3).

(1) Cfr. GARCÍA LÓPEZ, José: *Historia de la Literatura Española*, 12.<sup>a</sup> edición, Edit. «Luis Vives», Barcelona, 1986, cap. 52.

(2) *Paisaje. Crónica Mensual de la Provincia de Jaén*, edic. facsimil de Riquelme y Vargas, Graf. Arte, Maracena, 1986, tomo I, pág. 190.

(3) SANCHO SÁEZ, Alfonso: *Almendros Aguilar: Una vida y una obra en el Jaén del siglo XIX*, Edit. Inst. Est. Giennenses, 1981. Premio «Cazabán» en 1978.

No entra, por tanto, en los propósitos de nuestro artículo dedicar más atención a estos dos titanes de la poesía giennense, en la pasada centuria, que la que acabamos de mencionar. El conocimiento y proyección de ambos se ha realizado con bastante amplitud. En Almendros, por la obra que acabamos de citar, y en Bernardo López en artículos, ensayos y conferencias que, basta hojear las revistas provinciales *Don Lope de Sosa* y *Paisaje*, para encontrarlos en abundancia. Y más aún, con la suma facilidad que para ello nos proporcionan los magníficos índices de ambas, elaborados, en su día, por don Ramón Espantaleón Jubes.

Ha sido otra nuestra intención al concebir este artículo; partiendo de las palabras arriba citadas de Federico Mendizábal, queremos reavivar el rescoldo —¡si es que no, y por desgracia, ya la ceniza!— de algunos poetas giennenses, que nacieron en el siglo XIX, que vivieron en él, y algunos en parte del XX y cuya memoria, en su mayoría, yace ya en los ámbitos más recónditos del olvido.

En 1911 lanzaba a las librerías para su venta, Alfredo Cazabán Laguna, una tirada de 1.000 ejemplares de un librito singular y hoy valiosísimo por el valor histórico de su contenido. Esta obra, que conservan como una reliquia los intelectuales de la provincia y algunas bibliotecas de Centros e Instituciones culturales, lleva la siguiente portada:

## POETAS Y POESÍAS

(Florilegio)

por

ALFREDO CAZABÁN LAGUNA

Cronista de Jaén

Tip. La Unión, Alamos, 18

En el centro lleva un logotipo con las letras A.C.L., que suponemos las iniciales de su editor y propietario, envueltas en una alegoría.

Cuarenta y cuatro poetas de Jaén y su provincia quedan allí reflejados, entre los que figuran cuatro mujeres. La mayoría nacieron en la segunda mitad del XIX y pocos en la primera. Algunos vivieron algunas décadas de nuestra centuria. Pero su inicio y proyección es totalmente decimonónica.

Coloca Cazabán en esta entrañable obra una breve biografía del poeta, con las fechas de su nacimiento y defunción, si es que ésta ya había ocu-



rrido al aparecer a publicación. A continuación, bajo la fotografía del poeta reflejado, uno o varios de los poemas que habían salido de su pluma.

Enumerar simplemente a los cuarenta y cuatro autores que nos presenta Cazabán, excedería los límites de este artículo. Mucho más hacer un estudio detallado y crítico de cada uno de los que aparecen en la obra. Sería quizás una labor de trabajo, tiempo y paciencia, el que fueran apareciendo al menos tres poetas de los simplemente enumerados por Cazabán, haciendo de ellos un estudio biográfico detallado, una crítica metodológica y estética de su obra y una proyección de la misma a nuestros días. No renunciamos a la idea, aunque tampoco podemos comprometernos, en solitario, a tan ambicioso proyecto.

A modo de muestra, y para no obviar mi colaboración en las páginas que nuestro *Boletín* quiere dedicar al siglo XIX, a la vez que el intento de rescatarlos del olvido, inserto, al menos, a dos de las personas que dieron gloria a nuestra tierra en la pasada centuria. Se trata de dos poetas ubetenses: don Francisco Moya y Ramírez y don Manuel Ráez Quesada.

## II. DON FRANCISCO MOYA Y RAMÍREZ

Íncrito presbítero ubetense, nacido en la ciudad de las torres el 11 de octubre de 1837, y de quien, injustamente, ya no queda ni la más mínima memoria, no ya en la provincia, sino incluso en su pueblo natal. Deducimos por conjeturas que debió ser para el estado eclesiástico una vocación tardía, ya que de él dice Cazabán: «antes de cantar Misa figuró entre una juventud revolucionaria culta, traviesa, juguetona con el ingenio, saturada de aquel romanticismo que proclamó libertad del arte, dentro de las mismas tradiciones de la escuela nacional» (4). Bien antes, bien después, de ser sacerdote y quizás por imperativos de esta condición, debió faltar algún tiempo de Úbeda, según deducimos de un fragmento de romance, publicado en un número extraordinario de *La Opinión*, y reproducido en 1934 en el Programa Oficial de Festejos, con motivo del VII Centenario de la reconquista de Úbeda, sin que allí conste la fecha de publicación inicial, entre otras cosas dice:

Por esto, paso la vida  
ausente de ti, mi patria,  
como el pez que de su medio  
inclemente mano arranca

(4) CAZABÁN LAGUNA, Alfredo: *Poetas y Poesías*, Jaén, 1911, Tip. La Unión, pág. 14

.....  
 Por tanto, quiero a tus lares  
 volver, mi patria adorada

No debió transcurrir mucho tiempo sin que nuestro poeta volviera a Úbeda, donde ya residió hasta su muerte, acaecida el 25 de mayo de 1905, próximo a cumplir los sesenta y ocho años de edad.

Tanto Quesada Consuegra (5), como Valladares Reguero, aseguran que fue Cronista Oficial de la ciudad (6), pero, según las investigaciones de Ginés Torres Navarrete, aparecida en la revista *Ibiut*, Moya Ramírez, y el que es citado por los mencionados autores como primer Cronista de la ciudad, Miguel Ruiz Prieto, que fue, eso sí, el primer recopilador de datos para la Historia de Úbeda, después de Argote de Molina y Ximena Jurado, ejercieron, de hecho, la función de cronistas ubetenses, pero no existe constancia de que se extendiera con la debida credencial el nombramiento adecuado. Los dos fueron Bibliotecario-Archivero Municipal. El primero, por acta de cabildo de 16 de febrero de 1898, con el haber anual de cien duros. Previamente, en acta capitular de 16 de noviembre de 1891 había sido oficialmente felicitado por la labor eficazísima y altruista que había realizado al trasladar el Archivo, desde las antiguas Casas Consistoriales, hasta la nueva sede del Ayuntamiento: el Palacio de las Cadenas, donde hoy permanece.

El nombramiento de Moya y Ramírez para este cargo de Archivero se efectúa en cabildo de 31 de agosto de 1898, por causa de haberse ausentado de la ciudad su antecesor, el mencionado Ruiz Prieto. El honorable Presbítero ejerce de Bibliotecario-Archivero Municipal, con el mismo sueldo de quinientas pesetas anuales, solamente durante cinco años no completos, ya que en Cabildo de 11 de marzo de 1903, dos años antes de su muerte, se le cesa por supresión de la plaza y «no ser excesivos los documentos que se despachan en estas oficinas» (8).

Estas delicadas misiones y singulares tareas propias de persona docta y erudita nos confirman en la destacada personalidad intelectual que en los últimas décadas del siglo XIX, tuvo en Úbeda y en la provincia de Jaén, este benemérito sacerdote.

(5) QUESADA CONSUEGRA, Ramón: *Úbeda, hombres y nombres*, Graf. Monachil (Granada), 1982, pág. 4562.

(6) VALLADARES REGUERO, Aurelio: *Temas y autores de Úbeda*, Impr. Bellón, Úbeda, 1992, núm. 4.392, pág. 41.

(7) TORRES NAVARRETE, Ginés de la Jara: artículo en la revista *Ibiut*, de Úbeda, año II, núms. 6 y 7.

(8) *Ibidem*.

Vivió y murió en una de las plazas más destacadas histórica y monumentalmente de la artística ciudad: en la hoy llamada «Primero de Mayo», pero siempre con la denominación popular invariable de «Paseo del Mercado». Su casa estaba frente a la Iglesia de San Pablo, con su bella portada gótica y su ábside incomparable.

Como ocurre con tantos poetas y escritores que no dejan descendencia directa, la obra de Francisco Moya anda olvidada y desconocida, en páginas amarillentas de periódicos y revistas de su época, en desvanes polvorientos de bibliotecas particulares o en estanterías de material olvidado de hemerotecas incompletas. No debe cabernos la menor duda que colaboró publicando prosa y verso en, al menos, las once publicaciones periódicas que existieron en Úbeda, desde 1861, hasta la muerte del poeta.

Destaca Cazabán en este hombre una faceta muy digna de tener en cuenta.

Y es que el hábito eclesiástico limitó en sumo sus publicaciones poéticas, dando a la luz sólo aquellas que encerraban tema religioso o indiferente, pero que «con el pseudónimo o con el secreto, pudo hacer e hizo poesías de las que las gentes motejan de profanas. En ellas lució la dulce vaguedad de su fantasía, las excelencias de su versificación y una chispeante gracia que le conquistó tal renombre, que muchos de sus versos humorísticos se recitan en esta provincia, de padres a hijos, sin que muchos sepan que las escribió un sacerdote piadoso y zumbón, como el Arcipreste de Hita» (9).

Como muestra de su estilo serio, incluimos una cuarteta perteneciente a su fábula «La Dalia y La Violeta», donde se pueden apreciar con claridad los tintes renacentistas a que aludíamos en la Introducción de nuestro artículo:

«Junto a una dalia orgullosa,  
en campo de frescas flores,  
daba sus gratos olores  
una violeta preciosa.»

Vocabulario, acento y rima, como podemos advertir, son perfectos en estos cuatro versos de arte menor, tan prodigados en la época de nuestro personaje.

El poema va dedicado a su sobrina Mariana Garrido, y como es habitual en este género, termina con una lección moral, después de, a lo largo

---

(9) CAZABÁN, Alfredo: *Poetas y Poesías*, obra citada en la nota, 4, pág. 141.



del poema, haber descrito una conversación de las dos flores entre sí, altiva en la dalia y humilde, como es ya tópico habitual, en la violeta:

«Mi apologuillo moral,  
recibe, niña discreta,  
no seas dalia, sé violeta  
y no te hará daño el mal»

A lo largo de los cuarenta versos, que forman las diez cuartetas de que consta el poema y en su sonora rima consonante en a, b, b, a, que imprimen una inquebrantable sonoridad al octosílabo, se observa una innegable riqueza de léxico al lado de gran variedad en la metáfora que, en limpios adornos de belleza, envuelve siempre un pensamiento profundo.

Es la composición que acabamos de analizar la que eligió Cazabán para incluirla en la antología de poetas giennenses de que venimos tratando, pero no cabe duda que de la lira de insigne cantor ubetense, debieron salir otros muchos poemas, distintos en metro, rima y asunto, cuya búsqueda intentaremos iniciar. Entre los sesenta sonetos que recientemente hemos compuesto, dedicados a otros tantos poetas ubetenses, figura uno, dedicado a este olvidado autor, en cuyo homenaje incluimos al final de este artículo, poniendo así fin al estudio de su persona y de su obra:

#### FRANCISCO MOYA Y RAMÍREZ

Penetró en la belleza de las flores,  
cantó a la dalia, la rosa y la violeta,  
de excelsas inquietudes fue poeta  
y apóstol de la luz y los colores.

Sembró la paz, deshizo los rencores,  
porque fue un sacerdote y un asceta,  
en quien Dios y el saber fueron la meta  
de sus nobles impulsos bienhechores.

Fue escritor ubetense y archivero,  
trabajó por su pueblo con acierto  
y le dio sus afanes por entero.

Con noble corazón, y a pecho abierto,  
a más de hombre de Dios, fue un caballero  
que ensalza a su ciudad después de muerto.

### III. DON MANUEL RÁEZ QUESADA

«Insigne como jurisconsulto, como poeta y literato y modelo como ciudadano» califica Quesada Consuegra a este eminente polígrafo ubetense (10).

Además de gran poeta, destacó como orador de erudita y brillante elocuencia, y también como periodista de pluma impregnada de brillantez y elegancia. Fue además hombre de intachable ejemplaridad en su conducta, con elegancia en su porte y cortesía en sus maneras.

Nació en Úbeda el 16 de mayo de 1871. Estudió en Granada la carrera de Derecho, distinguiéndose en su profesión de abogado como uno de los más prestigiosos de la provincia, llegando su fama incluso al Tribunal Supremo por sus brillantes intervenciones.

En su ciudad natal fundó, en 1897, el periódico semanal *El Ideal Conservador*, del que, además de director, fue alma y vida durante varios años, hasta su desaparición.

Varios años más tarde, en 1917, hizo lo propio con *El Eco de la Loma*, colaborando, además, tanto en prosa como en verso en la abundante profusión de prensa, provincial y local, que en su época existía, sobre todo en los ubetenses, diario *La Provincia* y semanario *Vida Nueva*.

No había acto cultural, velada académica o acontecimiento alguno que llevara el trasfondo de la intelectualidad, en que no interviniera Manuel Ráez con su palabra fogosa, erudita, crítica y acertada.

Fue alcalde de la monumental Úbeda, poco tiempo, como entonces ocurría: desde el 2 de julio de 1917 hasta el 1 de enero de 1918. La brevedad, no obstante, no le impidió dejar estela de su valor personal, de su recto y buen hacer y de su inquietud por todo lo que llevara a su pueblo a la difusión del saber y la cultura. En 1922 fue nombrado Vicerrector de la Universidad Popular Ubetense, pronunciando el 8 de mayo de este año una interesantísima conferencia sobre Bernardo López García. Los ecos de su oratoria resuenan aún en el recuerdo de los más veteranos ubetenses. Su vida estuvo totalmente dedicada a su profesión en el foro, a la poesía, a la oratoria, a la literatura y al arte.

Por su obra poética, de la que sí se conserva considerable muestra, hemos podido colegir que manifiesta claramente la transición de un romanti-

---

(10) QUESADA CONSUEGRA, Ramón: *Úbeda, hombres y nombres*, obra citada en la nota 5, pág. 82.



cismo tardío, lleno de colores e ideales sublimes, con brillante descripción del paisaje, de los primeros años de su juventud, a un realismo descriptivo intrínsecamente poético, con versificación perfecta y con una musicalidad que recrea el oído en sonoridades de jardín. Manifiesta un perfecto dominio del léxico y realiza la expresión lingüística tan exacta y adecuada, que creo no exagerar al considerarlo como uno de los intelectuales más destacados, no ya de Úbeda, sino de la tierra toda del Santo Reino, debiendo figurar en las antologías como uno de los poetas más exquisitos y refinados de la época.

De él afirmaba Cazabán: «Ráez Quesada es un poeta de extraordinaria fecundidad, que tiene el mérito de que no se agota nunca la fuente de sus pensamientos originales y siempre, de una singular belleza estética...».

«La facilidad, que en él llamaríamos suprema, para concebir una idea, para planearla rápidamente y para verterla en un lenguaje florido, natural y netamente castellano, como dentro de las exigencias de la métrica, es una condición que alcanzan pocos» (11).

Como el pintor con los colores, Manuel Ráez juega con la idea, enjaulando a ésta en la rima, sea ésta asonante o consonante, para construir estrofas que completan poemas de la más bella exquisitez, poética, literaria, lingüística y estética. Supo guardar una disciplina en sus composiciones, aunque huyendo, a veces, de la rigidez de reglas tradicionales para crear su propia expresión lírica. Mezcló en un mismo poema el verso largo con el corto, las asonancias con las consonancias, lo llano con lo sublime y lo festivo con lo excelso. Impregnó a sus escritos poéticos una musicalidad deleitosa, que transporta el espíritu de los que recibimos su mensaje a las más altas emociones, sea por la simple lectura, sea por la declamación.

Como ejemplo ilustrador, traemos a este artículo unos fragmentos de su famoso poema «Nuestras Paisanas», en que el poeta se adelanta en muchos años al movimiento actual de exaltación de la mujer, mostrando de una manera singularmente bella su respeto y admiración por la misma.

Nos muestra en él un ejemplo claro de libertad de estrofa, ajustándose, en parte, al sistema tradicional, pero aportando la impronta de su técnica personal para poner, una vez más, de manifiesto su creatividad peculiar.

Compone su poema en una forma especial de la «seguidilla», rimada en consonante, pero añadiendo un verso más a la estrofa, con ocho en lu-

---

(11) CAZABÁN: *Poetas y Poesías*, obra citada, pág. 179. (Ver nota 4).

gar de siete versos. Se puede decir que prescinde del llamado «bordón» de tres versos, después de los cuatro primeros, poniendo en su lugar otros cuatro, conservando la unidad de metro y rima requeridos por la estrofa. O sea, que la hace distinta, formándola con dos seguidillas de cuatro versos cada una, concadenadas entre sí y prescindiendo del bordón, como se dijo. Nos brinda, pues, una estrofa de arte menor con seis versos heptasílabos y dos pentasílabos, que riman del siguiente modo: 1: libre y heptasílabo. 2: A y pentasílabo. 3: libre y heptasílabo. 4: B y pentasílabo. 5: libre y heptasílabo. 6: A y pentasílabo. 7: libre y heptasílabo, y 8: B y pentasílabo.

La combinación de acento, medida y rima es tan perfectamente exacta, que la lectura del poema constituye un verdadero deleite, ya que el autor, con maestría insuperable, trata el tema elegido con una estética sutil, saturada de elegancia y sutileza. El poema se puede calificar de perfecto, tanto en el fondo como en la forma. Veamos un ejemplo:

.....	.....
Si admiramos murallas,	Mas yo, que en esta empresa,
torreones, ruinas,	sólo me guía
que son, al fin y al cabo	el tratar de lo bueno
obras humanas,	que Úbeda encierra,
siendo más acabadas,	dedicar, aun por mera
como divinas,	galantería,
¿admirar no debemos	un piropo a las niñas
nuestras paisanas¿	de nuestra tierra
.....	.....

Si transcribimos el poema colocando dos versos en una misma línea, nos dará el resultado de una especie de cuarteto, no endecasílabo, sino de doce sílabas en cada verso, en perfectísima rima consonante en A, B-A, B, con un acento, tan felizmente distribuido, que nos da una perfecta cadencia y entonación adecuada. Sin embargo, la que podríamos «seguidillas añadida» o «doble seguidilla de cuatro versos», con que el autor nos presenta el poema, le da más gracia, más alegría y más encanto.

Resumiremos diciendo que Ráez Quesada cultivó todos los géneros en la poesía, en la oratoria y en el ensayo. Que lo hizo siempre con perfección y destacando su erudición profunda, su inspiración innegable, su facilidad para la rima, la riqueza estética de sus metáforas y, en fin, su pasmosa agilidad de pensamiento.

«Dejó de vivir, cuando dejó de cantar», fue la frase de Cazabán, cuando conoció la muerte de este insigne vate ubetense, ocurrida en su querida

Úbeda el 18 de octubre de 1929. Toda la ciudad, toda la provincia, sintieron la irreparable pérdida de este hombre singular que, con su palabra, con su verso y con su ejemplo, tanto honró a su tierra y su patria.

Terminamos nuestro artículo, también con un soneto dedicado a él, de entre los sesenta con que hemos cantado recientemente a los poetas ubetenses:

MANUEL RÁEZ QUESADA

Úbeda fue la torre de su almena,  
su musa y su ideal, su llama ardiente,  
la corona triunfal sobre su frente  
y el alivio y consuelo de su pena.

Su carisma llevaba el alma llena  
de ilusión y belleza transparente.  
Derramó toda el agua de su fuente  
y alumbró un parabién de enhorabuena.

Orador y poeta consumado,  
al ver a sus paisanas tan hermosas,  
les brindó su canción de enamorado.

Y, al irse para siempre, entre otras cosas,  
nos dejó Don Manuel, entrelazado  
su verso, en el aroma de las rosas.



